

EL CONTEXTO VITAL E HISTÓRICO EN QUE VALERA ESCRIBE "MORSAMOR"

M. GALERA SÁNCHEZ
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

La producción novelística de D. Juan Valera se estructura en dos grupos: las novelas de los años setenta y, tras un paréntesis de veinte años, tres obras importantes: *Juanita La Larga* (1895), que enlaza con sus anteriores relatos; *Genio y figura* (1897), inferior en la configuración del personaje femenino, y *Morsamor* (1899), la octava y última novela.

En la personalidad de Valera podemos señalar tres vertientes: la diplomática, la política y la literaria. A lo largo de su vida se van entrelazando y, en un momento dado, una de ellas adquiere más relieve que las otras. Nosotros, que hemos estudiado al Valera político y que ahora nos ocupa el análisis de su actividad diplomática, hemos llegado a la conclusión de que la vertiente literaria se resiente cuando D. Juan desempeña un puesto diplomático o se enfrasca en el mundo de la política. Si no supone un período de sequedad, si es cierto que la literatura de creación pasa a un segundo plano y sólo podemos contabilizar artículos periodísticos y discursos en los que se traduce su labor crítica o sus análisis de la vida pública. Por el contrario, las etapas en que políticamente está condeando al ostracismo son especialmente fecundas en el aspecto literario. Así, en el período que va de la I República a la Restauración concibe y publica su mejor novela, *Pepita Jiménez* (1874), seguida de *Las ilusiones del Doctor Faustino* (1874-75) y comienza *Doña Luz*.

1. El paréntesis 1887-1892

En otro de estos paréntesis de la vida pública de Valera sitúa Cyrus De Coster el comienzo de la novela que hoy nos ocupa. Este investigador ha publicado un breve fragmento de la obra cuya redacción fija entre 1887 y 1892 (1). Son los años en que permanece en Madrid, tras su vuelta de Bruselas.

Valera había llegado a Bélgica como ministro plenipotenciario en mayo de 1886, puesto diplomático en el que se siente postergado, humillado; necesitaba ir a Madrid a hacerse valer, pues, de lo contrario, "acabarán por echarme de aquí, como me echaron de Washington", escribe a su hermana Sofía (2). La desconfianza que

(1) De Coster, C.: *Un fragmento inédito de una versión más antigua de la novela de Valera 'Morsamor'*. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 27 (julio-diciembre, 1956), pp. 138-142.

(2) Valera, J.: *Cartas íntimas (1853-1897)*, edición y notas de C. Sáenz de Tejada, Madrid, 1974, p. 324.

muestra hacia sus correligionarios resalta la conducta que con él tuvieron los conservadores, manteniéndole en su puesto cuando estaba en América. Como muestra de agradecimiento, pide a Cánovas que prologue sus cinco novelas para “rendirle cierto homenaje, pues, al cabo, él que no es mi amigo político, se ha conducido mejor conmigo que mis amigos políticos, y yo conozco que hubiera estado mejor con él que con los sagastinos”, confesaba a Menéndez Pelayo (3). La decepción política, los problemas conyugales y la falta de dinero le llevan a solicitar licencia para regresar a Madrid, el 10 de diciembre de 1887. Está decidido a no volver a Bruselas, “donde estoy desairado, -dice a su hermana- cuando los que fueron mis escribientes, cuando yo era oficial de la Secretaría, son Embajadores, como Merry del Val” (4). Terminó presentando la dimisión como ministro plenipotenciario en Bruselas el día 23 de julio de 1888; el cese tiene fecha de 11 de agosto.

Hasta febrero de 1893, en que toma posesión de la embajada de Viena, Valera permanece en Madrid alejado por completo de la vida política, de las luchas intestinas de su partido y de la impaciencia de los conservadores por llegar al poder. “La política, -dice el 6 de julio de 1889 a D. Francisco Moreno- como verá Vd. por los periódicos, cada día más perdida. Yo me alegro de estar apandado y sin meterme en nada” (5). Su actividad pública se limitó a desempeñar el puesto de Consejero de Estado, en la sección de Gracia y Justicia (septiembre de 1888-julio de 1890) y a asistir pasivamente a las sesiones del Senado, donde pronuncia de manera forzada su último discurso parlamentario, el día 27 de abril de 1888, ocupándose del tratado de comercio entre España e Italia. La importancia de esta intervención puede deducirse del hecho de que se sorprendió cuando fue nombrado en la comisión para defender un tratado que no conocía (6). El ostracismo político va parejo al estado de ánimo, que confiesa en carta al citado D. Francisco Moreno: “Yo estoy desengañado, abatido, y, no sólo sin esperanza, sino casi sin deseo de ser nada en el mundo” (7).

La mayor parte de este tiempo lo dedicó a la literatura. Escribió una serie de artículos para el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, de Montaner, comenzó a publicar sus *Cartas americanas* en *El Imparcial*, mantuvo polémicas literarias con Campoamor (*La metafísica y la poesía*), D^a Emilia Pardo Bazán (*Las mujeres y las academias*) y el Padre Coloma (“*Pequeñeces*”. *Currita Albornoz al Padre Coloma*); Cánovas le encarga la fundación y publicación de *El centenario. Revista ilustrada*, para registrar las fiestas y solemnidades de la celebración del IV centenario del descubrimiento de América, y da comienzo a *Morsamor*. En el fragmento publicado por De Coster, la evocación de una lejana visita al Monasterio de Piedra le incita a contar la leyenda a él vinculada. En 1877 Valera conoció otros parajes con unos amigos desde el balneario de Alhama de Aragón. Las impresiones del viaje las recoge en *Una expedición al Monasterio de Piedra* (8). El lugar debió de causarle una extraordinaria sensación puesto que, durante su estancia en Norteamérica, cuando contempla las cataratas del Niágara, escribe a su hijo Luis que “es pasmoso: pero a mi me encantó más el Monasterio de Piedra cuando le vi” (9). Sin embargo, la novela, como tantas otras, de momento se queda en simple proyecto. Habrá que esperar a otro paréntesis, esta vez definitivo, en su actividad pública para que la empresa se corone.

(3) Artigas, M. y Sáinz Rodríguez, P.: *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid, 1946, pp. 357-358.

(4) Valera, J.: *Cartas íntimas*, p. 345.

(5) Galera, M.: *Juan Valera, político*, Córdoba, 1983, p. 649.

(6) Cfr. *ibidem*, pp. 246-250.

(7) *Ibidem*, p. 669.

(8) Publicado en la revista *El Campo*, I, 16 de julio de 1877.

(9) De Coster, C.: *Correspondencia de D. Juan Valera (1859-1905)*, Madrid, 1956, p. 124.

2. El último decenio de la vida de Valera

Un nuevo y último destino diplomático lo lleva a Viena en Febrero de 1893; allí reside hasta julio de 1895, cuando vuelve a España para no salir de Madrid, salvo breves escapadas durante el verano a Zarauz, Biarritz o La Granja, donde se encontraba su familia. D. Juan, jubilado de la carrera diplomática y alejado de la vida política, de la que se convierte en desilusionado espectador, centra en la literatura toda su actividad que fue especialmente intensa. Tenemos, pues, al escritor en los diez últimos años de su vida, dedicado exclusivamente al quehacer de las letras.

2.1. La composición de "Morsamor"

Apenas llega a Madrid, escribe a D. Marcelino Menéndez y Pelayo el 21 de agosto de 1895: "La *scribendi cacoethes* vence en mí a la pereza y a la vejez, a la ceguera y a la persuasión que tengo de que se escribe demasiado, y aunque con lentitud y premiosamente he empezado a escribir nada menos que dos novelas a la vez. La una es de casos contemporáneos que ocurren en un lugar de Andalucía, y lleva por título *Juanita La Larga*. La otra -se refiere a *Elisa la Malagueña*- tiene trazas de novela histórica" (10). Hasta tal punto es copiosa su producción literaria que el periódico *El Nacional* emprende una campaña contra él. Al "Dr. Thebussem" se lo comunica así en carta de 30 de julio de 1897: "Mi única diversión es escribir, aunque *El Nacional* de hoy me llama viejo y decadente, y se lamenta de que sea yo tan prolífico en mis postrimerías. En fin, ¿qué le hemos de hacer? Yo no soy monedilla de cinco duros para agradar a todo el mundo. "El 3 de agosto insistía en el mismo asunto: la censura de viejo y prolífico le servía de aguijón: "Yo he de seguir escribiendo por varias razones: porque me divierte escribirlos, y más ahora que, ciego y flojo de piernas, estoy casi siempre encerrado en casa" (11).

Los trabajos literarios en que se ocupa son de índole diversa. Las novelas se entremezclan con ensayos, cuentos, discursos, artículos periodísticos. *Juanita La Larga* comienza a aparecer en *El Imparcial* el 14 de octubre de 1895; en enero siguiente se publicará en tomo. *Genio y figura*, *Elisa la Malagueña* y *Morsamor* siguen en el telar. Cuando en el verano de 1896 Valera recibe el tomo VI de la *Antología* de Menéndez Pelayo, le acusa recibo en carta de 28 de julio con estas palabras: "Le he leído con mucho deleite, aprendiendo no pocas cosas e inspirándome para escribir mi novela de *Morsamor*, de la que tengo ya escritos siete capítulos" (12). La lectura de la obra de su amigo sin duda dejó manifiesta huella, puesto que Montesinos ve en ella la fuente del mundo trovadoresco en que creciera el protagonista de la novela (13).

Pero los siete capítulos no avanzan. El 15 de agosto comunica a D. Marcelino que se ocupa en artículos periodísticos que le roban el tiempo, mientras "en el fondo de un cajón de mi bufete, no dan un paso, sino duermen dos novelas que tengo empezadas. *Morsamor* y *Elisa la Malagueña*" (14). En 1897 aparece publicada *Genio y figura*. Pero las dos novelas que había comenzado siguen estancadas. Al "Dr. Thebussem", a quien en sus cartas le habla sobre todo de literatura, dice el 22 de marzo: "Lo malo es que el perverso estado de mi salud me quita el buen humor y los bríos que para dicha empresa se requieren. Si yo estuviese bueno y con vista, ambas novelas estarían ya

(10) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 521.

(11) Montoto, S.: *Valera al natural*, Madrid, 1962, p. 61.

(12) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 524.

(13) Montesinos, J.F.: *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1970, p. 176.

(14) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 529

impresas y puestas a la venta dentro de este año 1897” (15). La ceguera es ya casi total y los achaques propios de su edad lo tienen recluido definitivamente en casa, de donde apenas se atreve a salir. En el verano de este año, su mujer y su hija se empeñan en que vaya a Zarauz a pasar una temporada con ellas. El 28 de agosto escribe a Carmen: tiene una fluxión en el ojo derecho que “me atormenta y me desespera tanto que las cataratas me parecen chico mal”. Si no se queja y se lamenta más es por el terror que le inspiran los médicos. No obstante, casi promete que irá: “Allá veremos si me atrevo a hacer el viaje de un tirón o si me detengo en algún punto para no llegar desvencijado a esas tierras y para comido con cuchara”. D. Juan expresa su incapacidad para emprender este viaje: “Me creo un nuevo Licenciado Vidriera y que con el mejor ajetreo pienso que voy a desmoronarme”; su situación física la resume, en fin, con esta expresión coloquial: “Yo no puedo ya con los calzones” (16).

Sin embargo, fue a Zarauz, naturalmente acompañado de su secretario Periquito de la Gala. Se alojaba en el “Gran Hotel”, lugar de residencia de personajes importantes, aristócratas, políticos, y en el que se celebraban tertulias y fiestas de sociedad. Con su proverbial buen humor da cuenta al “Dr. Thebussem” del ambiente que se respira en aquella ciudad de veraneo: “Aquí reside ahora no pequeña parte de la sociedad más aristocrática y menos santa. Hay un verdadero enjambre de duquesas, marquesas y condesas, algunas, las más viejas, arrepentidas ya; otras, jóvenes y guapas, que aún no han empezado a pecar, o que se hallan en toda la actividad del pecado y lejos de arrepentirse ya. Tenemos muchas reuniones y tertulias, donde la gente grave juega al tresillo y a otros juegos de naipes, y los jóvenes charlan, ríen, bailan, retozan y *flirtean*” (17). En Zarauz ocupó muchas horas redactando artículos, corrigiendo las pruebas del tomo titulado *De varios colores*, pero *Morsamor*, que la había llevado en su maleta, no pasó de los siete capítulos. En esta novela había cifrado todas sus ilusiones. Al poco de morir Valera, el “Dr. Thebussem”, que fue testigo epistolar del trabajo que le costó escribirla, aseguró que se hallaba enamorado de esta obra (18). Se hacía leer libros, estudiaba, pero la novela no proseguía. El 6 de julio de 1898 se lamentaba a D. Marcelino Menéndez Pelayo: “Mis dos novelas empezadas siguen vergonzosamente ocultas en un cajón, sin el menor incremento” (19). “Sigo empeñado en escribir mi novela (...) -dirá a “Thebussem” el 6 de diciembre de 1898-. Para ello leo y releo lo que va escrito, hasta el extremo de aprendérmelo de memoria y de fatigarme y de hastiarme de la lectura. Pero poco o nada se me ocurre de nuevo, y la obra apenas sigue adelante” (20).

2.2. Contenido y significación

Por fin, en julio de 1899 aparece *Morsamor*, su octava y última obra. La otra, *Elisa la Malagueña*, no pasó del primer capítulo: fue una de las dieciséis novelas inconclusas que inició con *Cartas de un pretendiente* en 1850. Reciente su publicación, la envía a Menéndez Pelayo, quien le prodiga los mayores elogios, y al “Dr. Thebussem”, al que ruega que escriba algo sobre ella, “porque nuestra enmarañada política absorbe de tal suerte las facultades mentales de los periodistas que poco o nada dicen de *Morsamor*, formando en torno a este hijo de mi cansado y vetusto entendimiento y de mis cortos y vagos estudios, la desdeñosa conspiración del silencio” (21). Y es claro

(15) Montoto, S.: op. cit., p. 58.

(16) Texto de nuestra edición de las cartas de Valera a sus hijos, en prensa.

(17) Montoto, S.: op. cit., pp. 64-65.

(18) *Ibíd.*, p. 30.

(19) *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 538.

(20) De Coster, C.: *Correspondencia de D. Juan Valera*, p. 259.

(21) Montoto, S.: op. cit., p. 23.

que los libros necesitan en España ser muy celebrados para que lleguen a venderse. En la dedicatoria a su primo Emilio Alcalá-Galiano, conde de Casa-Valencia, D. Juan expone que la ha escrito tomando por lo serio algunos preceptos irónicos de D. Leandro Fernández de Moratín en su *Lección poética*, y componiendo, por tanto, la más *antimoratinesca* de sus obras; respecto al contenido, hay en ella "cuanto puede hacinar la fantasía": una extraordinaria variedad de temas y "mil curiosidades".

Tal riqueza de ingredientes da como resultado una producción de clasificación difícil a la hora de encuadrarla en un género literario. Se ha hablado de novela histórica; el mismo Valera la consideró "libro de caballerías a la moderna" y se ha adscrito al tipo de cuento fantástico (*märchen*), que tan bien conocía su autor, caracterizado más por su simbolismo que por su psicologismo. "Esto explicaría el hecho -afirma Germán Gullón- de que Valera se preocupara menos de caracterizar a los personajes como individuos que de presentarlos como encarnación de figuras arquetípicas: el anciano que anhelaba recobrar la juventud, el diablo encarnado, el mago dotado de poderes sobrenaturales" (22). Precisamente ese simbolismo de la novela ha dado origen a múltiples interpretaciones por parte de los críticos. Jean Krynen la calificó de "autobiografía espiritual" (23); Montesinos ha señalado cierta semejanza con *El Persiles*, al ser ambas obras de ancianidad en que sus autores se dedican a soñar hazañas maravillosas (24), semejanza que ya vio el crítico "Andrenio" en su reseña inmediata a la obra en *La España Moderna* (XI, septiembre 1899). La riqueza de temas que en ella se entrelazan y entretejen hacen que Avalor-Arce considere a la novela un "pasmoso tapiz". Múltiples son los que se han señalado: el sueño, que ocupa la segunda parte en que se centra la materia novelesca; la ambición frustrada, que subyace también en *Las Ilusiones del Doctor Faustino* y *Pasarse de listo*; la desesperanza y el desengaño, que destaca como tema central, enraizado en el cuento de D. Illán de Toledo, del *Conde Lucanor*, citado expresamente por Valera al final de la obra (25). Avalor-Arce habla, en este sentido, de *Morsamor* como "la síntesis de su pensamiento, desde su iberismo juvenil hasta sus intereses teosóficos de madurez", es decir, "*Morsamor* se concibió como la *summa artis* de D. Juan Valera, y por eso, y en esa medida, es también *summa vitae*" (26). Y para esta variedad temática, el autor echa mano de múltiples ingredientes: la riqueza de lecturas, ya señalada, y, por supuesto, lo que viene a ser casi una constante en su literatura: Andalucía y las propias vivencias personales.

La leyenda que en su versión primitiva se situaba en el Monasterio de Piedra, en la región aragonesa, la traslada en su redacción definitiva a un convento cercano a Sevilla, en el margen del Guadalquivir. La relación con su comarca natal la expresa Valera en los nombres de los personajes. Fray Miguel de Zuheros, el protagonista, natural de la pequeña villa de dicho nombre, lugar muy cercano a Doña Mencía al que "mil veces yendo yo a pie y de paseo hasta Zuheros, me he complacido en ver el olivar y el majuelo de los Fernández-Guerra, adornando con su frondosa verdura la falda del cerro, en cuya cumbre está la población y el enriscado castillo" (27). La familia Fernández-Guerra, y en especial D. Aureliano, mantuvo con D. Juan una constante amistad desde sus tempranos años de estudiante en el colegio del Sacro-Monte granadino. Las relaciones entre ambos escritores han sido objeto de varios trabajos del doctor Juan Fernández Cruz (28). Para contentar a sus semipaisanos de Doña Mencía,

(22) Gullón, G.: *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, 1976, p. 155.

(23) Krymen, J.: *L'esthetisme de Juan Valera*, Acta Salmanticensia, 1946, p. 67.

(24) Montesinos, J.F.: op. cit., p. 175.

(25) Valera, J.: *Morsamor*, O.C. t.I, 5ª ed., Aguilar, Madrid, 1968, p. 832.

(26) Avalor-Arce, J.B.: Introducción a su edición de *Morsamor*, Barcelona, 1970, p. 35.

(27) Valera, J.: *Nota biográfica de D. Aureliano Fernández-Guerra*, O.C. t. II, 3ª edición, Aguilar, Madrid, 1961, p. 1323.

(28) Fernández Cruz, J.: *D. Juan Valera y D. Aureliano Fernández-Guerra*, Cabra, 1969. También dedicó a este tema su discurso de ingreso en la Real Academia de Córdoba.

cuando envía la novela a D. Juan Moreno Güeto aclara: “Como yo no puedo olvidarme nunca de los bermejinos, hago también aparecer en mi novela a un personaje de ahí, llamado Fray Blas de Villabermeja” (29). Villabermeja es el nombre que adopta en la ficción este pueblo cordobés. Por nuestra parte, vemos también cierto homenaje a Cabra en la denominación del Mefistófeles “sui generis”, un diablo simpático al que llama Tiburcio de Simahonda. El apellido que toma este doncel de Morsamor es, sin duda, un recuerdo a la sima de Cabra, leyenda que Valera clasifica en una especie de cuentos “que explican los nombres de algún sitio, momento o fenómeno natural que no acierta a poner en claro la historia” (30).

Las vivencias personales también abundan en *Morsamor*. El fervor iberista tiene una raíz lejana en las dos estancias de Valera en Portugal, desempeñando cargos diplomáticos en los años 1850 y 1881-83, en el recuerdo de su amistad con D. Sinibaldo de Mas, al que expresamente cita, y con quien fundó, junto con Caldeira, la *Revista Peninsular*. Algunos acontecimientos históricos están tomados de la *Historia de Portugal* de su amigo Oliveira Martins. La *Historia de la Civilización Ibérica*, que publicó en 1886, la dedicó el autor portugués “a D. Juan Valera crítico eminente, escritor ático y español de raza”. En esta obra, coincidiendo en ello con nuestro autor, expone la tesis, que ya había esbozado en la anterior, de que la decadencia de la Península Ibérica comenzó a raíz de la Edad de Oro de los descubrimientos y conquistas del Nuevo Mundo.

Vivencia presente en la novela sería también su interés por los temas orientales. Destaquemos en este aspecto el excelente trabajo de Lily Litvak, *Morsamor: Un viaje de iniciación hacia la India* (31). Agreguemos, además, su inclinación por la teosofía y el ocultismo durante su estancia en Washigton, donde conoció de cerca las doctrinas de Helena Petrovna Blavatsky, fundadora en 1875 de la “Sociedad teosófica” de Nueva York. Sobre el Extremo Oriente tuvo también Valera noticias de primera mano que le trajeron personas cercanas a él a la vuelta de aquellos países. El primero fue su amigo y paisano Juanito Ortiz, a quien él colocó de vice-cónsul en China en 1869. Su cuñado Pepe Delavat fue jefe de Legación en Tokio. En 1885, cuando Valera estaba en Washington, llegó a Estados Unidos para embarcarse en San Francisco rumbo al Japón. A su regreso le trajo dos cuentos japoneses. *El pescadorcito Urashima* y *El espejo de Matsuyama*, cuya adaptación al castellano publicó D. Juan en 1887. Por último, y ello ya es posterior a la composición de *Morsamor*, su hijo Luis sirvió como primer secretario en la Legación de Pekín, entre 1900 y 1901. Cuando volvió, publicó en *El Imparcial* sus impresiones sobre aquel país, *Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio*, que aparecieron en dos volúmenes con el título de *Sombras Chinescas*, en 1902.

Reflejo de sus propias vivencias son la filosofía estoica de la renunciación, que se trasluce en la novela, y el estado de abatimiento en que se halla mientras la escribe. “Contribuye no poco -confiesa- al estado de postración en que me encuentro la horrible situación de España que pesa sobre todos sus hijos por poco patriotas que sean” (32). *Morsamor* se escribe y publica en un momento histórico conocido como el Desastre de 1898.

2.3. “*Morsamor*” y el Desastre de 1898

Lo que Valera pensaba de los acontecimientos que durante años se desarrollaron y acabaron en tan lamentable final lo tenemos plasmado en el epistolario, donde expone

(29) Recogido por C. Bravo en *Biografía de D. Juan Valera*, Barcelona, 1959, p. 321.

(30) Valera, J.: *Revista de Madrid III* O.C.

(31) Litvak, L.: “*Morsamor*”: *Un viaje de iniciación a la India*, t. II, p. 80. *Hispanic Review*, 53 (1985), pp. 181-199.

un punto de vista confidencial de los hechos, en cartas a su esposa e hija, a Menéndez Pelayo, a Vega-Armijo, a D. Francisco Moreno y al doctor "Thebussem", y en una serie de artículos periodísticos en los que registra una versión destinada al público. Tales artículos se inician en abril de 1896 y concluyen con el que aparece el 23 de junio de 1898, una vez consumados los desastres de Cavite y de Santiago. Puede decirse que, desde que Valera regresa de Viena, las referencias políticas que encontramos en las cartas y en los artículos de prensa giran en torno a un solo asunto: la guerra de Cuba y Filipinas. Desde que se inician los conflictos, una serie de temas ocupan casi de manera obsesiva sus escritos: la cuestión militar, la participación de los Estados Unidos, la postura de las potencias europeas y el reflejo de la guerra en la actitud del pueblo español y en nuestra política interna.

En cuanto al primero de ellos, D. Juan considera que la solución al conflicto no es política y que no es remediable la situación ni por los gobiernos de Cánovas ni por los de Sagasta; la solución está en las armas. Valera critica con dureza la actuación de nuestras fuerzas en esta guerra. Privadamente escribe en una carta escalofriante a su esposa esta dolorosa preocupación: "La flor de la juventud se va a Cuba a morir del vómito, o de tercianas, o de diarreas, cuando no de las balas enemigas. Sostener la guerra dicen que nos cuesta ochenta mil duros diarios, o sean 120 millones de pesetas al año. El país se empobrece de hombres y dinero; la miseria cunde; y el héroe de Sagunto no se luce sino cuando hace alguna cadetada, sin que se vean sus planes y sin que probablemente ni los tenga él ni los sepa. Dos cosas son dignas de aplauso y de admiración: el sufrimiento enérgico del pueblo español que paga y da su sangre casi sin queja, y la atinada habilidad y celo infatigable del General Azcárraga, Ministro de la Guerra, que envía sin cesar y a escape soldados, armas, municiones y cuanto pide Martínez Campos para convertirlo allí en carabinas de Ambrosio y espadas de Bernardo" (33).

Respecto a la participación de los Estados Unidos en el conflicto, Valera, que conocía bien aquel país, confió hasta el último momento en la reacción de lo que consideraba la parte sana del pueblo estadounidense, que no daría lugar a una desigual guerra con España. Las demás naciones, por su parte, se limitaron a ser meros espectadores de esta desmedida ambición. D. Juan se duele de nuestro aislamiento, fruto de una lamentable política exterior de los gobiernos de la Restauración y de la Regencia. Europa ni nos valió ni nos protegió, "así lo entendieron en Washington y de aquí el inmediato desbordamiento de la insolencia yanqui" (34).

Consumada la derrota, Valera no quiso hacer comentarios. Dejó de escribir en la prensa, como hemos apuntado, el 23 de junio y los asuntos políticos tampoco aparecen en el epistolario con la frecuencia anterior. Ni por sus cartas ni por sus artículos sabemos exactamente qué pensaba de aquella serie de desgracias y claudicaciones que terminaron con la firma del Tratado de París de 10 de diciembre de 1898.

D. Juan, sin duda, quiso escaparse de esta cruel realidad al escribir *Morsamor*, tejiendo un mundo de fantasía, evocando con ilusión una época histórica que chocaba violentamente con la presente situación. Algunos críticos, J.I. Ferreras es el más significado, han hecho una interpretación "regeneracionista" de *Morsamor* (35), que, en cierto modo, sigue Leonardo Romero al encuadrarla en el conjunto de la producción narrativa que se hizo eco de la crisis histórica de la última década del siglo, y considerar que en ella "se proyectan las miserias del presente (...) pero en un uso del tiempo acrónico que funde en un punto sin circunstancias el dolor de todos los tiempos

(32) Montoto, S.: op. cit., p. 147.

(33) De Coster, C.: *Correspondencia de D. Juan Valera*, p. 224.

(34) Valera, J.: *Nota diplomática XII*, O.C. 3ª edición, t. III, Aguilar, Madrid, 1958, p. 901.

(35) Cfr. Ferreras, J.I.: *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*, Madrid, 1973, pp. 225-239.

históricos” (36). “Transparente alegoría de los errores y los triunfos, de los destinos históricos de España”, la califica Montesinos (37). Y otro autor nos asegura que D. Juan “preconiza el olvido de los hispánicos delirios de grandeza” (38).

Deberíamos tomar casi al pie de la letra lo que Valera expone como objetivo en la dedicatoria de la novela: “Yo sólo pretendo divertir un rato a quien me lea, dejando a los sabios enseñar y adoctrinar a sus semejantes, y dejando a nuestros hombres políticos la difícil tarea de regenerarnos y de sacarnos del atolladero en que nos hemos metido” (39). Creemos que no es otra la intención de D. Juan. Consideró la derrota como “el fruto más amargo” de una serie de equivocaciones políticas que se han dado a lo largo de todo el siglo y desconfió de las múltiples soluciones que se proponían para remediar los males de la patria, que venían, a su juicio, a ser continuación de los desgraciados intentos que durante el siglo se ensayaron. Se adivina un claro reproche a las “teorías regeneracionistas” en las palabras siguientes: “Imposible parece que después de lección tan cruel no haya sobrevenido el saludable escarmiento (...); que todavía se propale como salvadora y profundísima sentencia que es menester hacer la revolución, ora sea desde arriba, ora sea desde abajo” (40).

Valera, con *Morsamor*, sólo pretende distraer en el doble aspecto de la palabra: entretener y apartar a un mundo de ficción, que a veces él mismo destruye mediante la ironía y el humor. Había dicho repetidas veces que “toda producción artística o literaria implica buen humor y no desabrimiento ni aflicciones”. A los políticos dejaba la difícil tarea de “regenerarnos”. El, con el sano humorismo y expresivo ingenio con que envuelve siempre los problemas más graves, pocos días antes de morir (el 13 de marzo de 1905), propondrá al “doctor Thebussem” escribir en colaboración un libro cuyo título sería: *Regeneración nacional por virtud de la gastronomía y de otras artes castizas de bienestar y lícito deleite* (41).

(36) Cfr. Etreros, M; Montesinos, M.I.; Romero, L.: *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, 1977, pp. 144-147.

(37) Montesinos, J.F.: op. cit. p. 174.

(38) Rodríguez Marín, R.: *La novela en el siglo XIX*, Madrid, 1982, p. 26.

(39) Valera, J.: *Morsamor*, p. 713.

(40) Valera, J.: *Discurso leído en los juegos florales de Córdoba*, O.C. t. III, p. 943.

(41) Montoto, S.: op. cit., p. 29.